

Sinopsis: El cronista sevillano Diego Ortiz de Zúñiga (1636-1680) describe un hecho ciertamente particular. Según su relato las cenizas del emperador romano Trajano fueron accidentalmente vertidas en las aguas del jardín del Palacio de Pilatos por una criada. Un peculiar suceso que he recogido en este breve relato.

El emperador de los naranjos

Adur Intxaurrendieta Ormazabal

Muerto. El hombre de los mil títulos, como solía describirse jocosamente, había muerto. El doctísimo Fernando Afán Enríquez de Ribera y Téllez-Girón, tercer duque de Alcalá de los Gazules, octavo conde de los Morales, y quinto marqués de Tarifa. Adelantado y notario mayor de Andalucía, virrey de Cataluña, Nápoles y Sicilia y gobernador del Milanesado, así como vicario general de Italia y embajador del reino de España y sus dominios ante la Santa Sede.

Uno podría pensar que un hombre con tantas responsabilidades de estado debía ser una persona muy narcisista cuanto menos, y nada más lejos de la realidad. Todas y cada una de aquellas innumerables titulaciones eran menores a ojos de mi maestro, que siempre se jactaba de considerarse el Señor del Palacio de Pilatos, el único título que portaba con orgullo en privado, el título que le daba el gobierno del único lugar en el mundo donde podía ser él mismo. «Muchas de las tierras que me pertenecen no las hollarán mis pies, amigo», solía repetirme a la vera del Guadalquivir nada más llegar desde Italia, «pero la Casa de Pilatos, ese sí que es un digno lugar para el descanso».

El escaso respeto que mostraba mi señor por sus titulaciones parecía haber sido un triste presagio de su final, pues a pesar de todos los honores dispensados a su persona y familias, estas no fueron suficientes para refrenar la voluntad de Dios, que a veces se muestra caprichosa a ojos de su creación. Una triste mañana primaveral del año de nuestro señor de 1637 pereció en las frías y lejanas tierra de la Germania, como solía denominar a aquellos lugares de más allá de los Alpes, mediando en la interminable guerra que sucumbía las voluntades europeas.

La funesta noticia llegó unas pocas semanas después a su hogar, precedida de unas fuertes lluvias, como si los cielos encapotados intentaran advertirnos de las malas nuevas. El golpe ha sido recibido severamente, como si del choque de dos galeones en alta mar se hubiese tratado, pues hizo temblar los cimientos del mismísimo hogar. Hemos quedado así desamparados, sin dueño ni señor que nos gobernara con su característico buen hacer. Hemos perdido a un padre, a un amigo fiel, a un buen servidor de su Majestad, pero, por encima de todo, yo he perdido a un maestro. Yo, Don Juan de Arroyo, amigo de Fernando —si su memoria me permite referirme a él con tal familiaridad—, que fui ascendido al cargo de administrador de su patrimonio en Sevilla, he perdido al único padre que he tenido en vida.

Pero como el vulgo suele decir, «las desgracias nunca vienen solas», y precisamente del vulgo se trata, pues he me aquí a la espera de tomar una decisión. Me encuentro de camino a la improvisada celda del palacio, imbuido por la congoja creada dadas las malas nuevas que habíamos vivido en palacio últimamente.

Todo se debe a que nuestro señor fue un gran amante de las antigüedades durante toda su vida. Tenía por costumbre rememorar las gestas de los caballeros griegos o romanos mientras paseaba por los jardines italianos de palacio. Solía insistir en lo mucho que le debíamos a Italia, incluyendo en dicha deuda la existencia del propio palacio. No obstante, de entre todos los notables personajes de la antigüedad más remota había uno por el que profesaba una devoción muy particular. Se trataba de un antiguo compatriota: el primer emperador bético. ¿Cómo olvidar su nombre completo, cuyo eco aún hoy parecía traspasar las ramas de los naranjos en flor incluso bajo esta intensa lluvia? «*Imperator Caesar Divi Nervae filius Nerva Traianus Optimus Augustus Germanicus Dacicus Parthicus*. Recuérdalo como el nombre de tus vástagos Juan, pues es el descendiente más ilustre de la Bética e imperecedero orgullo de nuestra tierra». Aún recuerdo su aguda voz emitiendo estas mismas palabras, tanto tiempo atrás. ¿Quién más volvería a rememorar todos aquellos nombres?

Aquella tarea podría haber recaído sobre los hombros del único hijo varón que quedaba vivo, Don Fernando Enríquez de Ribera. Este joven tenía cierto afán por conservar el legado de su padre, pero al ser este un bastardo no podía ocuparse de los bienes personales de su padre, sino que la administración

familiar pasaba a manos de su legítima hija, Doña Ana Girón. La señora esperaba un hijo pronto, y su codicioso esposo, el murciano Don Pedro Fajardo de Zúñiga y Requeséns, ejercía su férrea voluntad amparándose en el supuesto delicado estado de salud de su esposa. Con el camino libre para saquear la hacienda de Don Fernando, el Murciano quiso deshacerse de gran parte de los tesoros familiares para pagar, según decía él, las deudas de juego del difunto. Solamente el pensar que semejante bandido pudiera esparcir todo tipo de habladurías con total impunidad me asqueaba. ¡Maldito sea por deshonorar así la memoria de tal hombre!

Pero de la misma forma en la que se adora a Dios ante el altar, uno no puede más que mostrarse sumiso ante lo que es superior a él. En mi cargo de Alcaide de los palacios de Don Fernando no tengo la potestad para enfrentarme al Murciano y sus acólitos, y solamente me queda ver impotente cómo estos hombres destruyen el patrimonio familiar. Evoco a la justicia de Dios mientras recuerdo el castigo sufrido por aquellos pretendientes que devoraban la hacienda de Odiseo en tiempos muy antiguos.

Estos últimos días el palacio no ha visto más que el ir y venir de los numerosos sirvientes, que recogían y empaquetaban aquellos bienes más valiosos. La triste imagen de una honorable casa desvalijada creó en mí tal sensación de impotencia que me vi obligado a pecar, pues rompí un juramento que tuve que realizar a los hombres del Murciano. Pero una promesa realizada a la sombra de un corazón impávido carece tanto de significado a los ojos de Dios como la cáscara vacía de un insecto —o eso me repito a mí mismo todas las noches—. El mayor tesoro de la casa, aquel que el propio Don Fernando había traído de la mismísima Roma, no podía caer en vete a saber qué sucias manos ignorantes, por lo que creí conveniente esconderlo entre algunos trastos viejos de la casa con la esperanza de que pasara desapercibido, al menos por un tiempo hasta que se le ocurriera algo mejor

Aquel tesoro no era otro que una urna finamente elaborada de alabastro, con unos motivos que evocaban a la célebre columna del emperador Trajano. La característica maleabilidad del material había permitido recrear en él escenas que mis inexpertos ojos no podían reconocer, pero de una manufactura que rozaba lo divino. No obstante, y a pesar de la innegable majestuosidad del continente, el verdadero tesoro se hallaba en el interior. «Tras tantos siglos el hijo predilecto de

Itálica ha vuelto a su hogar, Juan», solía decirme Don Fernando cada vez que abría el recipiente que guardaba con tanto celo en su biblioteca privada. Allí se encontraba quien antiguamente domeñó el mundo, encerrado en la actualidad en un espacio diminuto hasta para una lombriz. Las cenizas del emperador. Unos tristes remanentes de quien ya había ascendido a un plano superior más de mil años atrás.

Al esconder la urna había cumplido mi objetivo satisfactoriamente y para cuando aquellos ladrones al servicio del Murciano marcharon, el tesoro seguía bajo nuestro dominio. Al menos por un tiempo. ¡O eso pensé yo, desdichado! No fui capaz de encontrarlo donde lo había dejado, y había removido cielo y tierra hasta que di con la triste respuesta.

Ahora me hallo ante una disyuntiva. Me dirijo hacia uno de los muchos almacenes de palacio al que nos hemos visto obligados a transformar como si de una improvisada celda se tratase. No teníamos allí a un temible guerrero bereber, o al más peligroso de los ladrones que pueblan las numerosas dársenas a los pies de la Torre del Oro. No señor. Entre aquellas frías cuatro paredes se encontraba ni más ni menos que María, una delgada sirvienta temerosa de Dios cuyo delito se debió tanto a su audacia como a su torpeza.

Habíamos apostado allí a un joven lampiño para que vigilara a tan temible preso. Una vez abrió la puerta, le mandé que se marchara. En cierto modo no quería asustar a aquella pobre sirvienta, pues ciertamente se había movido por el afán de un trabajo bien cumplido.

—Dime, María, que no es cierto aquello que he oído.

La mujer me escrutó con una mirada torva que pareció enfriar el ambiente por un breve instante. A pesar de ello, lucía un aspecto algo distendido, sin duda derivado de la inconsciencia de la gravedad de sus actos. María movió la cabeza afirmativamente a la espera de oír aquello que le tenía que decir.

—Quiero que tú me lo digas. Cuéntame lo que ha pasado —le dije en un tono amigable, como si se tratara de un niño a quien se debe corregir, pero se encuentra fuera de tu alcance.

—Limpié la casa como es habitual, señor —respondió con aquella característica jerga plebeya que tanto chirriaba en mis oídos—. Estos mozos que han venido lo han desgalazado todo endeve ayudar a ordenar. No he podido encontrar nada en su sitio. Ya digo yo que las cosas no hay que hacerlas

corriendo, ¡pero nadie me hace caso en esta santa casa! —La mujer se santiguó al darse cuenta de su impropiedad—. En una alacena de la biblioteca encontré varios cachivaches que de poco o nada servían. Como esa fea pintura de un hombre amamantando a un bebé. ¡Habrás visto semejante aberración! Me daba lacha decir lo horrendo que era, pero ahora que Don Fernando no está, que Dios lo tenga en su gloria, no entiendo cómo el señor se rodeaba de semejantes mamarrachadas. —Traté de ignorar los impropiedades de la sirvienta con parsimonia estoica—. Allí se encontraba una urna bonitísima. Con unos dibujos tan trabajados que no los vería ni siquiera en la Catedral de la Asunción, mi señor. —Se santiguó de nuevo—. Pero en su interior no había más que ceniza y mugre. ¿Quién diantres dejaría que algo tan bonito estuviera así de sucio? Usted mismo me lo dijo más de una vez, señor Don Juan, señor. Dijiste que tendría que dejar todo como si se pudiera comer en ello. ¡Y por la virgen de la Macarena que así lo hice! Eché el polvo que se encontraba dentro al Jardín Grande, cerca del canal que hay junto a los naranjos. —Al oír la confesión no pude sino hundir la cara entre mis manos con la esperanza de perderme en el oscuro vacío.

—Así que confiesas tu crimen —dije tras un largo suspiro.

—Mi señor, yo no he cometido más crimen que cumplir con mi trabajo. Soy una persona humilde, pero honrada y digna sierva de Dios. ¿A qué viene tanto revuelo? —preguntó la sirvienta sin entender aún nada de lo que había sucedido.

—Aquella urna contenía una reliquia que has echado a perder, María. Cientos de años de historia eliminados para siempre por tu torpeza. —Su cara mostraba la expresividad de un canto de río—. Eso que llamas «polvo» eran los restos de un antiguo emperador romano: Trajano, el más ilustre hijo de la Bética y conquistador nato como Cabeza de Vaca.

—Pues no entiendo tanto jaleo por el tal Trajano de Vaca si se trataban de las cenizas de un difunto antiguo.

Traté de hacerle entender lo mejor que pude el respeto que su antiguo señor tenía por sus reliquias clásicas. Particularmente por aquella, la más especial de toda la colección que albergaba el palacio.

—El problema reside en los sacrificios que se han hecho por conservar estos restos, sin mencionar el benévolo devenir de los siglos. En tiempos más recientes el propio papa franciscano Sixto V las sacó de su lugar de reposo en Roma, consciente de su importancia. Allí, un ciudadano romano los sustrajo, y se

los entregó a Don Fernando, sabedor de su afición por las antigüedades. Nuestro patrón quiso traer de vuelta a este ilustre personaje y que gozara de un digno descanso en su tierra natal, fuera del alcance de indeseables que no sepan apreciar su valor. ¿Eres consciente ahora de que quien antaño gobernó el mundo reposa ahora como abono para nuestros naranjos?

—Los naranjos seguirán dando sus frutos y el sol se pondrá hoy por el Oeste, mi señor. No soy un randa sin ley ni decencia. Yo creo que cumplí con el sagrado deber de todo cristiano al darles digna sepultura a los restos de una persona. —A pesar de su imprudencia y de hacer gala de una osadía sin igual, su sagacidad parecía equiparar el desfalco—. ¿No dice usted que el señor quería que los restos descansaran en su tierra natal? ¡Ahí lo tiene, señor Juan! Sus restos han sido tragados por la tierra que le vio nacer hacer tanto. Nada menos que en el palacio más bonito que tiene la ciudad de Sevilla, famosa entre cristianos, moros y ahora romanos.

Las palabras de Don Fernando resonaron en mi memoria: «Pero la Casa de Pilatos, ese sí que es un digno lugar para el descanso». La idea no sonaba del todo descabellada. Era mejor que esas cenizas pasaran a formar parte del lugar que más adoraba el maestro a que el Murciano se hiciera con ellas. Era obvio que sus hombres descubrirían tarde o temprano que faltaba una pieza y vendrían a reclamarla.

—¿Qué propones entonces, María? —pregunté dubitativo.

—Si los mozos quieren llevarse la antigualla que se la lleven. Les daremos unas cenizas con las que llenarlas, pero no las que ellos quieren. Esto quedará entre usted, yo y Dios. —María volvió a santiguarse y la sola idea de proteger la memoria de Don Fernando dibujó en mi rostro una sonrisa tan profunda que sería capaz de derretir el metal más pesado—. En cuanto a mí, diría que más bien le he hecho un favor a su antiguo señor, y usted me lo ha pagado encerrándome en este húmedo y frío lugar. Olvidemos el malentendido y déjeme marchar a casa por hoy, si es tan amable.

Despedí a María en la puerta, contento por cómo se habían desenvuelto finalmente los acontecimientos. Al menos la memoria de aquellos dos preeminentes personajes había quedado intacta y unida, como habría sido deseo de Don Fernando. Ahora no tenía más que ir a recoger las cenizas de las chimeneas de la cocina

«Sus cenizas [de Trajano] fueron traídas de Seleunta a Roma y con grande aplauso del pueblo se colocaron dentro de una urna de alabastro en que vinieron las cenizas de Trajano la qual cubrieron con otra de oro y se pusieron en la coluna de San Pedro, después el Pontífice las quitó de la coluna y colocó en lo alto de la coluna la imagen de San Pedro.

Esta urna de alabastro con las cenizas del Emperador Trajano recogió un ciudadano de Roma el qual se la presentó a D. Fernando Afán de Ribera, el doctísimo Duque de Alcalá el año de 1630 siendo embajador en Roma, el qual embió a Sevilla con otras antigüedades que embió con ella a D. Juan de Arroyo, Alcayde de sus palacios, el qual la recibió y puso en la librería que en aquel palacio se conserva.

Sucedió que en el año de 1637 con la muerte del Duque de Alcalá, haziendose almoneda de los bienes sueltos que en el había, una criada de Don Juan de Arroyo hurtó la dicha urna y derramó las cenizas por un balcón que cae en el jardín principal de la Casa. Echando de menos Don Juan de Arroyo la dicha urna hizo diligencia hasta que la halló en poder de su criada y, recobrando la urna, las cenizas se habían consumido en el jardín con las aguas».

“Colección de varios papeles pertenecientes a Seva (en su mayor parte manuscritos) que parecen haver sido de D. Diego Ortiz de Zúñiga y para en la librería del Marqués de Loreto”. Archivo de la Catedral de Sevilla, Sección VIII, Varios, vol. 60.